

Frankel, jóven húngaro, soñando desde sus talleres de París con una revolución que subordinase todas las instituciones políticas á la emancipación social de los pueblos.

En los distritos restantes, pues hay hasta veinte, resultaron elegidos Billioray, artista desgraciado, de esos que conciben ideas elevadísimas, que sienten inspiraciones ardientes y no logran encarnarlas en la realidad, cuya desgracia engendra enfermedades incurables del alma y ódios invencibles á la sociedad y á la naturaleza; Emilio Clement, zapatero de tal exaltación que sus declamaciones en los clubs y sus protestas contra el gobierno le dieron opinión de agente de los prusianos; Malon, mozo de cuerda, tintorero, agente de la Internacional, discípulo de los nihilistas rusos, propagador de la propiedad colectiva; Juan Bautista Clement, una especie de retoño de Beranger, cancionero ambulante, autor de coplillas que alcanzaron una verdadera fama entre el pueblo por su ingenua gracia y su sabor demagógico; Pascual Grouset, jóven de mundo más que apóstol de ideas, apegado á los dogmas revolucionarios, más que por fé por ambición; deseoso de herir la pública curiosidad con sus actos y sus escritos, y de

fijarla en su distinguida persona, elegante en sus maneras y en sus trajes; uno de esos pi-saverdes descreídos que se hacen demagogos por encaramarse sobre los hombros del pueblo al poder y á la justicia y satisfacer su sensualidad; Bruto de comedia, Catilina contrahecho, el peor de los demagogos, el demagogo epicúreo y excéptico.

No acabáramos nunca si hubiéramos de examinar todas estas extrañísimas figuras. Dedicaremos un capítulo aparte á los jefes más importantes: á Delescluze, que representa el jacobinismo severo; á Pyat, que representa el jacobinismo melodramático y exaltado; á Julio Valles, que representa esa literatura realista y enferma, nómada siempre, sin ninguna idealidad, con alas para volar como el ave por el cielo azul, y revolcándose como el hipopótamo en el turbio cieno; á Velmorrel, cuyo odio á todos los republicanos históricos le llevaron á comparecer ante la opinión como cómplice de los Césares. Y quizá en su carácter y en su vida encontremos la clave de tantas y tan irreparables desgracias como han caído sobre la libertad y sobre la República en Francia.

## CAPITULO XCV.

### LOS JEFES.

Muchos de ellos han aparecido ya otras veces en el curso de nuestra historia. Sin embargo, conviene verlos á la luz siniestra de la tempestad que ahora los ilumina.

El jefe natural y más considerable de los comuneros era el viejo Delescluze. Su filosofía se asemejaba en mucho á sistemas de otros tiempos: amor á la humanidad, desprecio á los hombres, ferviente culto á la virtud aunque escasa confianza en la eficacia de su ejemplo, práctica del bien por ser bien y no por la esperanza ni de retribución ni de agradecimiento, valor héroeico para decir á todos la verdad é indiferencia glacial delante de la muerte; algo parecido á las almas vigorosas, á los caracteres enteros, salvados en la decadencia romana del naufragio de todas las religiones y del eclipse de todas las virtudes por una ciega confianza en la santidad de sus ideas estóicas y un soberbio aislamiento en las cimas inaccesibles de su conciencia. Si quereis saber la vida de este hombre, cenobita en una ciudad epicúrea; apóstol entre generaciones descreídas; mártir no de su propia religión, sino

de dogmas que acaso no profesaba, mártir por instinto de pelear y por aspiración á morir, sabed que sintiendo nacer en su mente la idea nueva y en su pecho el deseo vivísimo de realizarla al entrar casi en la vida, pasó desde las redacciones á las cárceles, desde las cárceles á los destierros en la zona tórrida, para volver á insistir en sus creencias y á porfiar en sus trabajos con la misma fé sencilla y el mismo valor héroeico que en sus primeros años; débil de fuerzas y enérgico de sentimientos; viejo por su edad y por sus dolores, jóven, casi como un niño, por las fervidas ilusiones de su fé: que el invierno con sus nieves blanqueaba su cabeza y la primavera con su calor mantenía en una fiesta perpétua de esperanza su caldeado cerebro. Era jacobino. Tenía por consiguiente horror á la utopía socialista y horror al federalismo; entusiasmo por un Estado fuerte y por una República autoritaria. En su periódico había dicho muchas cosas acerbas al estado mayor del partido republicano; pero también á sus indisciplinadas huestes. Con la mano que flageló á los habla-

dores de la Cámara flageló á los gárrulos de los Clubs. No perdonó ni á Favre, ni á Gambetta, ni á Rochefort. ¿Y cómo un hombre de ese temple fué á dar en la demagogia que aborrecia; en el federalismo y en el socialismo que inapelablemente condenaba? Primero porque soleis ir embarcados por los mares de la vida en naves que no dirigís, cuyo rumbo no señalais, por motivos superiores al esfuerzo de vuestra individual voluntad. Despues, porque Delescluze, revolucionario de toda la vida, conspirador perpétuo, amaba el estruendo de las revoluciones, creia en su virtud creadora, como esos mareantes de las costas bravías que siempre salen al Océano en medio de la tormenta. Además odiaba con toda su alma á los jefes del partido republicano; y así, cuando llegó á la Asamblea de Burdeos, en aquellos primeros dias de cólera por el desastre de la guerra y el desastre todavía mayor de la paz, pidió la acusacion del gobierno de la Defensa Nacional sin ver que la sostenian vigorosamente en su demanda orleanistas, borbónicos, imperiales, todos los reaccionarios de Francia. Proclamada la Comunidad, tuvo que optar entre los aborrecidos jefes del partido republicano y las menospreciadas huestes. En la dura alternativa de escoger entre los que despreciaba y los que aborrecia, se fué con los que despreciaba. Luego, envuelto en la nube de su fé, como los dioses homéricos, no veia gran parte de las torpes impurezas de la realidad y de la vida. Con aquellos elementos tan malos, con aquel gobierno incapaz, con los generales que nada sabian de guerra, con los milicianos que á todas horas se imaginaban vendidos, con la Asamblea de la Comunidad en que sólo se decian soeces personalidades, y sólo se trataban los asuntos entre amenazas; con los clubs llenos de calenturientas visiones y de reconcentrados odios, creia redimir al mundo, salvar la sociedad, como Cristo la redimió y la salvó con pescadores, publicanos, apóstatas, renegados y traidores: que el fuego de la revolucion, á sus ojos deslumbrados

por profundísimas intuiciones, convierte en oro puro la escoria.

Jacobino era también Félix Pyat. Nacido en los departamentos del centro; educado por una madre entusiasta y un padre calculador y egoísta; recluido desde la infancia en colegios que lo prepararan á la carrera del foro; abogado de oficio más tarde, pero siempre poeta y escritor de vocacion; ya en la segunda enseñanza mostró sus ideas ofreciendo á un banquete de colegiales caluroso brindis por la Convencion, y la presidencia del busto de Lafayette, en vez de la presidencia del busto de Carlos X; y en la Universidad pugnó porque la literatura revolucionaria compartiera la instruccion de los jóvenes con la literatura clásica; y en las jornadas de Julio estuvo al lado de los combatientes é invocó la olvidada República; y durante la monarquía de Luis Felipe aguzó todas las armas, recorrió todas las esferas desde el periódico diario hasta la Revista científica, desde la crítica hasta el teatro, vertiendo fuego sobre la frente de los reyes, luz sobre la cabeza de los pueblos; y en la primer Constituyente de la República llamó la atencion por sus calurosos discursos, por sus líricas declamaciones á favor de la emancipacion de los periódicos y del derecho al trabajo; y en la Legislativa subióse á la Montaña á protestar contra todas las reacciones, y descendió de la Montaña á combatir, aunque rápidamente, allá por las cimas de las últimas frágiles barricadas; y en el trascurso de los veinte años de Imperio no descansó ni un dia resucitando desde las olvidadas frases sobre el regicidio hasta los sueños del más desenfrenado comunismo, y proponiendo loores y apologías así al veneno de los Borgias como á las balas de Orsini con tal que libertaran la tierra del tirano; y en cuanto se proclamó la tercera República hasta el dia de la Comunidad revolucionaria combatió con la misma furia, con los dieterios antes lanzados al César y al cesarismo, así al gobierno de París sitiado como al gobierno de Tours, así al go-

bierno de Burdeos como al gobierno de Versalles, tocando á rebato con la sonora campana de su estilo, y encendiendo al pueblo en cólera con los vistosos cohetes y los ruidosísimos petardos de sus revolucionarias ideas. Yo no conozco un literato de más calor en la frase, y de ménos luz en el pensamiento. Sus tinieblas son tinieblas candentes. Algunas veces brilla, conmueve, enseña, llega hasta el alma, despierta el ideal, piensa con elevacion verdadera, siente con naturalidad, es un artista y un pensador al mismo tiempo. Yo nunca podré olvidar la animacion y la profundidad de su drama *Diógenes*, la delicadeza de su bellissimo episodio *Las hijas de Sejano*. Pero muchas veces ¡ay! es un escritor de decadencia; cargado de interrogaciones, admiraciones, puntos suspensivos, paréntesis, imágenes extravagantes, paralelos absurdos, hiperboles inverosímiles, antítesis rebuscadas, juegos de palabras infantiles, arcaísmos y neologismos, toques de color chillones, toques de oscuro donde las sombras toman relieve, tránsitos de lo sublime á lo grotesco que mezclan las espirales de la mirra del Sinaí con los vapores de la taberna; el mármol de Paros en que está encarnada la Venus de Milo con los cascabeles de arlequin y de payaso. Claretie lo ha calificado con exactitud y con verdad cuando nos lo ha ofrecido en toda su vida política, no como un tribuno, ni como un estadista, sino como un dramaturgo, que se cura sobre todo de sus frases de efecto, de sus escenas de ansiedad, de sus argumentos de interés, de sus embrollos de nudos, de sus desenlaces inesperados y súbitos, como si el mundo fuera un eterno teatro. Así, alma de poeta, carácter de niño, corazón de mujer, mientras las tragedias pasan por su cerebro caldeado y por su ardiente fantasia, es un héroe y un mártir; pero en cuanto llegan á la realidad, en cuanto se desencadenan con toda su furia en la plaza ó en la calle, y las piedras se apilan, y los fusiles truenan, y los combatientes caen, y la sangre salta, y la

agonía y la muerte se pasean como Euménides ante sus ojos fuera casi de las órbitas; los nervios se sobreponen á todo, el corazón y sus latidos le ahuyentan las ideas, obligándole á esconderse con el terror y el rémordimiento de Cain, hasta el punto de que por huir de su conciencia huiría de sí propio. Ha nacido con alas como de paloma que no quieren descansar nunca sobre la tierra; con sentimientos de artista que miran y admiran desde los espectáculos de la naturaleza hasta los espectáculos del espíritu; con amor frénético al aplauso y al incienso: sus sienes se inclinan en pos de las coronas de rosas tejidas en el teatro y huyen de las coronas de espinas tejidas en la política; y por consiguiente no ha debido trocar la túnica alba de poeta que brilla como la luna por el manto de tribuno que pesa como si fuera de plomo, ni su cítara de cantor por el puñal de regicida. Así unos le han llamado revolucionario de gabinete, otros conspirador de wagon, otros combatiente de frases, y casi todos han maldicho de las violencias de su lenguaje y de las timideces de su vida. Metido en la Comunidad, habló de prisa en el dia de las ilusiones, y corrió más de prisa en el dia de los peligros.

Otro de los jefes de la Comunidad era Tridon, verdadero hebertista. La extrema escuela revolucionaria participa del mismo error de la extrema escuela monárquica. Esta cree posible imponer la fé de los pasados tiempos á los nuestros, que emanan de la Reforma y de la Filosofía; mientras que aquella cree posible restaurar el sentido y el espíritu de la revolucion francesa. Ignora indudablemente que tan alta temperatura del espíritu no puede renovarse. Para una situacion de ese temple se necesita que los tiempos pasados estén todavía muy recientes; el polvo de la Bastilla en los aires; la sombra del castillo en el terruño; la horca feudal destilando sangre caliente; el rescoldo de las hogueras inquisitoriales en medio de la plaza; el rey absoluto

con su corte corrompida en el santuario y en el trono; la cadena del siervo todavía pendiente de las piedras del muro; la gran propiedad extendida como un vasto cementerio en que viven cual sombras miserables generaciones para depositar tras largos años de hambre y de miseria sus huesos atravesados por el clavo eterno del pária en la ignominia; todos los crímenes antiguos demandando una implacable justicia y quizá una venganza. No queráis comparar á Espartaco, sin más porvenir que la prision en la ergástula y la muerte en el circo; privado por bárbaras leyes hasta de sus hijos; con el ciudadano de nuestro tiempo, dueño de su hogar, de su trabajo, participando por el Jurado de la administración de justicia y por el sufragio del gobierno y del Estado. No compareis el ciudadano que sale de la monarquía absoluta á la revolucion francesa con el ciudadano de nuestros tiempos. Y sin embargo, los rojos se empeñan locamente en esta resurreccion insensata. Todavía se creen asistir á los clubs de los jacobinos y de los franciscanos. Todavía andan buscando las secciones que toquen el tambor de la generala revolucionaria, y la campana que lance de su lengua de bronce el terror de la Convencion. Hoy odian á los girondinos como si no hubiera caido sobre los girondinos la tierra de los sepulcros y el juicio de la historia. Parece que aun están tristemente en los ministerios del rey, único grande error de aquellos republicanos. Parece que aun viven lanzando desde lo alto de la tribuna los rayos de su elocuencia. Parece que aun combaten todos los excesos. Las cóleras de Danton, las sordas iras de Robespierre, los ahullidos de Marat, las locuras de Hebert se repiten todavía. Creeríais que los girondinos participan del gobierno; piden el aplazamiento del proceso de Luis XVI y la referencia al juicio del pueblo; truenan contra la Comunidad revolucionaria de París y contra las Comisiones de salvacion pública; rechazan la amistad de Danton; acusan á Ro-

bespierre; se revuelven airados contra los hebertistas; se indignan de las terribles homilias de Saint Just, y de la ira de Legendre, y de la embriaguez de Henriot; llaman á los federados á que vengan á defenderlos y servirlos; proponen el código fundamental de Condorcet, inspirado en el espíritu del siglo y en la idea de libertad; amontonan los anatemas tanto en contra de la dictadura de la Convencion sobre Francia como en contra de la dictadura de la Comunidad sobre la Convencion; trazan un ideal que debia perderse como una vaga armonía entre el estruendo de aquella catástrofe. Parece que la elocuencia de tan admirable legion ateniense, sus discursos artísticos, su anfictionado griego, su filosofía platónica, su odio á la anarquía y al desenfreno de la plebe irritan aun los nervios de los demagogos y de los rojos. Pero ¡oh! contradiccion, contradiccion de la cual tenemos nosotros muchos y tristísimos ejemplos: estos jacobinos exagerados, estos hebertistas partidarios de la Convencion, estos amigos de la autoridad y de la dictadura republicanas, despues de haber pasado su vida procesando los huesos y la memoria de los girondinos, invocaron sus mismas ideas, las ideas federales para salvar á Francia.

Despues de Tridon el hebertista ved á Rigault, partidario del terror. Notad que en las grandes revoluciones los más débiles ó los más cobardes suelen ser tambien los más crueles. El temor á la muchedumbre, el deseo de acariciarla y de servirla, crea esos seres que proclaman la matanza como un dogma, y ejercen como un sacerdocio la infame profesion de esbirros ó de verdugos. Rigault, bufon de los cafés; conjurado de las tabernas; pequeño é inquieto; de ironía que rayaba en sarcasmo, y de ódios que rayaban en crueldades; fantaseador de planes revolucionarios, recitante de discursos frenéticos; amigo de los equívocos, de los juegos de palabras; irreverente y blasfemo por gracia; poseido de la pasion que más atormenta á las

almas ruines, de la envidia, anduvo un tiempo huyendo de la policía del Imperio para despues convertirse en jefe de la policía de los comuneros, donde persiguió y mató con la glacial serenidad de un Neron ó de un Tiberio.

Pascual Grousset es un diletante de la revolucion. Libreos Dios de todos los diletantistas. Desempeñarán los papeles más varios, porque sólo tienen culto á una cosa, á su estrella; y sólo se proponen un fin, su medro. La bella figura de Grousset, su elegante traje, sus finas maneras, el aderezo de toda su persona indicaban bien que aquel perfumado demagogo sólo sentia una invencible aspiracion, la de su propia apoteosis. Muchas acepciones tiene la palabra demagogo; pero una de las más propias es entender por demagogo el que antepone sus intereses particulares ó egoistas á los intereses de su patria. Y esta definicion os explicará muchos de los caracteres que al reflejo de la sangrienta Comunidad de París brillan por algunos momentos. Grousset lleva sus cuartillas á todos los periódicos de todos los colores y formas; desafia con estrépito á Pedro Bonaparte; dice ante un tribunal aquella estúpida frase de las relaciones posibles de la madre de Napoleon el Grande con su propio padre; se desata contra los hombres que fundaron la República de Setiembre; compromete el periódico, *La Marsellesa*, con sus intemperancias intransigentes; imita la *Linterna* de Rochefort; conspira con todos los descontentos en la época siniestra del sitio de París; llega á la Comunidad y se encarga de las relaciones exteriores; abomina de los setembristas por sus complacencias con el extranjero, y se arrastra á los piés de los prusianos; jura como un numantino morir entre los escombros de París, y á las doce horas de este juramento sale de París con disfraz de mujer; todo para erigir, no un altar á sus ideas, sino un pedestal á su persona.

¡Cuántos tipos y personificaciones y repre-

B.

sentantes de la literatura enteca y enfermiza que copiaba fotográficamente la realidad y extinguia todo ideal! Ahí teneis á Vessinier que se da por colaborador de Eugenio Sué, cuando fué tan sólo su escribiente. Contrahecho, gafo, jorobado, quiere que la sociedad le pague los agravios inferidos por la naturaleza. Sin ideas y sin estilo, no se satisface con ejercitar modestos talentos; aspira á las altas esferas por donde vuela el génio. Sus aspiraciones le valen otras tantas caidas. Su pluma se moja en todas las inmundicias de nuestro tiempo. Sus libros sólo pueden leerse en las mancebías. Y la Comunidad, no sabiendo qué destino darle ¡ay! le dió el destino de inspector de escuelas para que defendiese de las asechanzas de todos los vicios el paraíso de la inocencia. A su lado, y en su grupo, debe ponerse la torba figura de Vermesch. ¿Qué es? Un escritor como Neron era un artista. Corren los tiempos del Imperio; la gente anda tras el desordenado lujo y los placeres; la voluptuosidad refinada y elegante gana cada dia más el favor de la moda; los príncipes se desviven por ir al teatro para ver casi desnuda á la Cora Perle, llevando por toda hoja de parra los diamantes amasados en los antros de la prostitucion; pues Vermesch escribirá la apología de esa vida, de los afeites con que las cortesanas se disfrazan, de los bailes orgiásticos, de las cenas epicúreas, de los libros verdes, de todos los desórdenes que asemejan los últimos dias del Imperio francés á los últimos dias del Imperio romano; en estilo de perfumería, escrito con tinta de rosa y secado con polvos de arroz, estilo luciente y terso como una tohalla de Venus. Pero el Imperio ha caido y le ha reemplazado la República; á los dias del placer suceden los dias de la expiacion; ya no corren los caballos por la arena fina y entre las apuestas, sino por el campo ensangrentado y entre las balas; ya no hay en los platos faisanes, sino ratas; ya no se ven las grandes damas columpiándose entre rosadas

154